

# Las metáforas de la diversidad

López Figueroa, Mauricio

2016-11

---

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/2540>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

# LAS METÁFORAS DE LA DIVERSIDAD

*\*Por: Dr. Mauricio López Figueroa*

Mi primera experiencia con la noción de diversidad fue en 1980, año en el que se estrenó mundialmente la serie “Cosmos, un viaje personal”, de Carl Sagan y Ann Druyan. Este programa de divulgación, probablemente el más popular de la historia, se caracterizó no solo por ofrecer de una manera muy didáctica y accesible la información científica más adelantada de ese tiempo, sino sobre todo porque comunicaba de una manera personal, profunda, estética, asombrada y casi religiosa las ideas del orden, la complejidad, la evolución y, sobre todo, de la milagrosa diversidad de la vida. Del Cosmos.

En aquel entonces estaba entrando en el remolino de la adolescencia y el programa me impactó de una manera muy profunda, diría que fue determinante en la manera en como construí mi visión de la realidad e incluso hoy es una gran influencia en mi trabajo educativo. ¿Por qué? Las razones son muchas, pero una de las más importantes fue que experimenté una fascinación y profunda reverencia por el dinamismo que la Vida despliega en el tiempo y el espacio para probarse a sí misma, para adaptarse, para des—arrollarse; un asombro por la implacable energía que propaga al buscar y experimentar las formas más audaces e inauditas en lugares imposibles. Compito consigo misma para abrirse camino y el camino de la vida es lo diverso, lo diferente, lo heterogéneo, y en su amplitud y expansión se crea y se recrea, se integra, se recicla y se reconfigura como un caleidoscopio eterno. El mundo, el Cosmos, fue mi primer maestro.

Esta inefable admiración por la vida tuvo, en la Historia de las civilizaciones, sus distintas formulaciones y mitologías, todas compartiendo un referente común: la Tierra. Referencia y escenario, contexto y atalaya, espacio y hogar desde el que contemplamos el milagro del mundo con asombro y temor; la Tierra siempre, SIEMPRE, equiparada con la madre, con la que da la vida, con la que conecta y asienta; con la casa común, la animadora; la que nutre, despide y recibe de vuelta: Cibele, Dione, Tiamat, Inanna, Ishtar, Afrodita, Venus, Astarté, Áditi, Mudungkala, Magna Mater, Umai, Ot, Anann, Freyja, Nerthus, Xi Wang Mu, Amalur, Coatlicue, Pachamama, Gaia... Son algunas de las denominaciones referidas, entre los pueblos más distantes en el espacio y en el tiempo con sus sentidos propios, a esa intuición común que es la Tierra como madre de la Vida en el que todos somos y a la que todos volvemos. Todos.

Y todos somos distintos, todos y todo. La instrucción por lo tanto es clara y eterna, incontrovertible. Y frente a ese gran espejo es paradójico el tiempo que a los seres humanos nos está tomando entenderlo. Nuestra gran invención, la cultura, con toda su riqueza, contiene siempre un principio dominante: la necesidad de una identidad rígida y estructurada, definida y estática; una identidad que nos de pertenencia, adherencia, que “nos distinga” y aparte el “nosotros” de “ellos”. Las culturas son complejas, entre otras cosas porque poseen los relatos tribales que explican y justifican por qué “nosotros” somos de alguna manera mejores o superiores a “ustedes”. Pero son relatos, mitologías, alegorías. Historias que construyen y fijan una identidad referida al pasado, una pertenencia contenida en el dominio de un territorio y una rigidez basada en símbolos instituidos. Obviamos la verdadera fuente de identidad: las experiencias, los modos vitales, las expresiones y sus significados, las trivialidades, lo cotidiano, lo dinámico, lo cambiante y lo diferente. El problema de la identidad tribal es que se sobre centra tanto en sí que se desconecta de la experiencia maternal.

Y así nos perdemos de la vitalidad de la vida, de su contenido cambiante y su emergencia cotidiana. Estamos tan preocupados por corresponder a lo fijo que nos olvidamos en ser lo que somos: este momento.

La invitación por lo tanto no es nueva, pero hoy es urgente: frente a esas voces que exigen muros y fidelidades a las formas, rescatemos la diversidad que somos, como la vida misma que se descubre y se celebra. Para el mundo que les toca a nuestros niños y jóvenes lo necesario es que la educación promueva el encuentro, con uno mismo y con los demás, para crear nuevas metáforas de lo diverso.

El autor es profesor de la **Universidad Iberoamericana Puebla**.

Este texto se encuentra en: <http://circulodeescritores.blogspot.com>

**Sus comentarios son bienvenidos**